



Desarrollo de competencias profesionales a través de la evaluación participativa y la simulación utilizando herramientas web

ALFA III (2011)-10

Lectura – parcial del libro:

- Viktor E. Frankl (1979): *El hombre en busca de sentido*. Editorial Herder S.A., Barcelona p. 5... 48

http://www.utcv.edu.mx/attachments/570_el_hombre_en_busca_de_sentido_viktor_frankl.pdf

(consulta 08/03/13)

Victor Frankl, catedrático de neurología y psiquiatría, ha fundado una nueva escuela de psicoterapia cuya idea central es que la **primera fuerza motivante del hombre es la lucha por encontrar un sentido a la propia vida**. Prisionero en un campo de concentración nazi, su experiencia de cautividad marcó profundamente su interpretación de la psicología humana.. En este texto nos describe una de sus vivencias en el campo de concentración y la reflexión que, a partir de ella, hace sobre el sentido de la vida.

Para entender mejor el texto: Lea el texto y subraye lo que afirma sobre el sentido de la vida.

“Había sido un día muy malo. A la hora de la formación se había leído un anuncio sobre los muchos actos que, de entonces en adelante, se considerarían acciones de sabotaje y, por consiguiente, punibles en la horca. Entre estas faltas se incluían nimiedades como cortar pequeñas tiras de nuestras viejas mantas (para utilizarlas como vendajes para los tobillos) y “robos” mínimos. Hacía unos días que un prisionero, al borde de la inanición, había entrado en el almacén de víveres y había robado algunos kilos de patatas. El robo se descubrió y algunos prisioneros reconocieron al “ladrón”. Cuando las autoridades del campo tuvieron noticia de lo sucedido, ordenaron que les entregáramos al culpable; si no, todo el campo ayunaría un día. Claro está que los 2.500 hombres prefirieron callar. La tarde de aquel día de ayuno yacíamos exhaustos en los camastros. Nos encontrábamos en las horas más bajas. Apenas se decía palabra, y las que se pronunciaban tenían un tono de irritación. Entonces, y para empeorar aún más las cosas, se apagó la luz. Los estados de ánimo llegaron a su punto más bajo. Pero el jefe de nuestro barracón era un hombre sabio e improvisó una pequeña charla sobre todo lo que bullía en nuestra mente en aquellos momentos. Se refirió a los últimos compañeros que habían muerto en los últimos días por enfermedad o por suicidio, pero también indicó cual había sido la verdadera razón de esas muertes: la pérdida de la esperanza. Aseguraba que tenía que haber un medio de prevenir futuras víctimas para que llegaran a estados tan extremos. Y al hacerlo me señaló a mí para que les aconsejara.

Dios sabe que no esta en mi talante dar explicaciones psicológicas, predicar sermones a fin de ofrecer a mis camaradas algún tipo de cuidado médico de sus almas. Tenía frío, sueño, me sentía irritable y cansado, pero hube de sobreponerme y aprovechar la oportunidad. En aquel momento era más necesario que nunca infundirles ánimos.

Seguidamente hablé del futuro inmediato. Y dije que, para el que quisiera ser imparcial, éste se presentaba bastante negro, y concordé con que cada uno de nosotros podía adivinar que sus posibilidades de supervivencia eran mínimas. Aun cuando ya no había epidemia de tifus yo estimaba que mis propias oportunidades estaban en razón de uno a veinte. Pero también les dije que, a pesar de ello, no tenía intención de perder la esperanza y tirarlo todo por la borda, pues



nadie sabía lo que el futuro podía depararle y todavía menos la hora siguiente.

Pero no sólo hable del futuro inmediato y del velo que lo cubría. También les hablé del pasado: de todas sus alegrías y de su luz que irradiaba, brillante aún en la presente oscuridad.

Seguidamente me referí a las muchas oportunidades existentes para darle un sentido a la vida. Hablé a mis camaradas (que yacían inmóviles, si bien de vez en cuando se oía algún suspiro) de que la vida humana no cesa nunca, bajo ninguna circunstancia, y de que este infinito significado de la vida comprende también el sufrimiento y la agonía, las privaciones y la muerte. Pedí a aquellas pobres criaturas que me escuchaban atentamente en la oscuridad del barracón que hicieran cara a lo nuevo de aquella situación. No tenían que perder las esperanzas; antes bien, debían conservar el valor de la certeza de que nuestra lucha desesperada no perdería su dignidad ni su sentido. Les aseguro que en las horas difíciles siempre había alguien que nos observaba –un amigo, una esposa, alguien que estuviera vivo o muerto, o un Dios- y que sin duda no querría que le decepcionáramos; antes bien esperaba que sufriéramos con orgullo – y no miserablemente- y que supiéramos morir.

Y finalmente, les hablé de nuestro sacrificio, que en cada caso tenía un significado. En la naturaleza de este sacrificio estaba el que pareciera insensato para la vida normal, para el mundo donde imperaba el éxito material; pero nuestro sacrificio sí tenía un sentido. Los que profesaran una fe religiosa, dije con franqueza, no hallarían dificultades para entenderlo. Mis palabras tenían con objetivo dotar a nuestra vida de un significado, allí y entonces, precisamente en aquel barracón y aquella situación, prácticamente desesperada. Pude comprobar que había logrado mi propósito, pues cuando se encendieron de nuevo las luces, las miserables figuras de mis camaradas se acercaron renqueantes hacia mí para darme las gracias, con lágrimas en los ojos. Si embargo, es preciso de que confiese aquí que solo muy raras veces hallé en mi interior fuerzas para establecer este tipo de contacto con mis compañeros de sufrimientos y que, seguramente, perdí muchas oportunidades de hacerlo...

Cualquier intento de restablecer la fortaleza interna de un recluso bajo las condiciones de un campo de concentración pasa antes que nada por el acierto en mostrarle una meta futura. Las palabras de Nietzsche: “Quien tiene algo por qué vivir, es capaz de soportar cualquier cómo” pudiera ser la motivación que guía todas las acciones psicoterapéuticas y psicosociales con respecto a los prisioneros. Siempre que se presentaba la oportunidad, era preciso inculcarles un porqué ‘una meta’ de su vivir, a fin de endurecerles para soportar el terrible cómo de su existencia. Desgraciado de aquel que no viera ningún sentido en su vida, ninguna intencionalidad, y por tanto, ninguna finalidad en vivirla; ese estaba perdido. La respuesta típica que solía dar este hombre a cualquier razonamiento que tratara de animarle era: “Ya no espero nada de la vida” ¿Qué respuesta podemos dar a estas palabras?

Lo que de verdad necesitamos es un cambio radical en nuestra actitud hacia la vida. Tenemos que aprender por nosotros mismos y, después, enseñar a los desesperados que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino si la vida espera algo de nosotros. Tenemos que dejar de hacernos preguntas sobre el significado de la vida y, en vez de ello, pensar en nosotros como seres a quienes la vida les inquietara continua e incesantemente. Nuestra contestación tiene que estar hecha no de palabra ni tampoco de meditación, sino de una conducta y actuación rectas. En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ello plantea y cumplir tareas que la vida asigna continuamente a cada individuo.

